

# María, icono de la generatividad de la Iglesia en *Fratelli tutti*<sup>1</sup>

*Daniela Del Gaudio, S.F.I.*

*Profesora de mariología de la facultad de teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.*

## Introducción

**L**a encíclica *Fratelli tutti* se abre a diferentes perspectivas de lectura. En este artículo queremos ofrecer una mariana, la cual, partiendo del documento, nos haga reflexionar sobre las motivaciones de la fraternidad universal y del mensaje cristiano de apertura total a los demás, en cuanto hijos de Dios, a partir de la persona de la Virgen María, a la que podemos mirar como modelo de fraternidad, porque, a través de su experiencia humana y espiritual, al servicio del Hijo y de todos los creyentes, representa el más alto ejemplo de amor que se da, ya que se ofreció completamente al plan divino de salvación de la humanidad al convertirse en Madre de Dios. Su maternidad se extendió entonces a todos los vivos, generando, en la gratuidad de su amor, con la gracia de Dios, una nueva vida<sup>2</sup>.

El ejemplo de la Virgen María constituye, pues, un modelo concreto para encarnar el Evangelio y comprender la necesidad, para el mundo de hoy, de no cerrar el corazón, sino de tener que abrirlo a las necesidades de los demás para generar amor cristiano. El papa Francisco habla de ello en el n. 276, donde indica a María como icono de la Iglesia en salida, abierta a la misión y al servicio, una Iglesia madre, siguiendo el modelo de la maternidad ejercida por María hacia Cristo y hacia toda la humanidad:

[...] «La Iglesia es una casa con las puertas abiertas, porque es madre». Y como María, la Madre de Jesús, «queremos ser una Iglesia que sirve, que sale de casa, que sale de sus templos, que sale de sus sacristías, para acom-

<sup>1</sup> Traducción al castellano de *Ecclesia*.

<sup>2</sup> Cf. F. LAMBIASI, «María, la donna e la Trinità. Una esplorazione in alcune mariologie contemporanee», *Theotokos* 1 (1993) 2, 140-141.

pañar la vida, sostener la esperanza, ser signo de unidad [...] para tender puentes, romper muros, sembrar reconciliación»<sup>3</sup>.

Por ello, en este artículo quiero reflexionar sobre la maternidad de María como modelo de Iglesia que acompaña, apoya, sirve y guía a la fraternidad universal, generando un amor cristiano que, por la fuerza de la gracia, derriba muros y siembra reconciliación.

## 1. Origen teológico de la fraternidad universal y la maternidad de María

La fraternidad universal, desde la perspectiva de la fe, solo se entiende a la luz de la Revelación. Dios nos llama a todos a ser hermanos en Cristo. Su encarnación inaugura los tiempos nuevos de una renovada relación de filiación con Dios. Si somos hijos del único Dios, entonces todos somos verdaderamente hermanos. En Cristo, el Hijo unigénito de Dios que se encarna, somos reconstituidos como hijos adoptivos de Dios, sus hermanos y hermanas, herederos de la promesa que Israel había esperado durante miles de años: la salvación.

La dinámica de la salvación se entrelaza con la de la filiación, en la medida en que no nos salvamos solo en un sentido externo, legal, como podía ser en la ley judía, sino que nos salvamos porque estamos insertos en el misterio del Verbo encarnado, hechos hijos en el Hijo. Es una dinámica relacional, íntima y ontológica, que nos salva cambiándonos desde dentro.

El papa Francisco subraya el sentido salvífico y antropológico de esta verdad, ya que es precisamente desde el Evangelio que se descubre la dignidad de toda persona, tanto del hombre como de la mujer. En Cristo se valora especialmente a los más pequeños y nadie queda fuera de su amor universal:

Para los cristianos, las palabras de Jesús tienen también otra dimensión trascendente; implican reconocer al mismo Cristo en cada hermano abandonado o excluido (cf. Mt 25,40.45). En realidad, la fe colma de motivaciones inauditas el reconocimiento del otro, porque quien cree puede llegar a reconocer que Dios ama a cada ser humano con un amor infinito y que «con ello le confiere una dignidad infinita». A esto se agrega que creemos que Cristo derramó su sangre por todos y cada uno, por lo cual nadie queda fuera de su amor universal. Y si vamos a la fuente última, que es la vida íntima de Dios, nos encontramos con una comunidad de tres Personas, origen

<sup>3</sup> PAPA FRANCISCO, carta encíclica *Fratelli tutti* n. 276. De ahora en adelante será citada como FT. Los textos en castellano del magisterio (Papas, concilios) están tomados de www.vatican.va.

y modelo perfecto de toda vida en común. La teología continúa enriqueciéndose gracias a la reflexión sobre esta gran verdad.<sup>4</sup>

En esta dinámica encontramos también a María, la Virgen-Madre de Dios que, a través de su sí, participa en el plan divino de salvación de manera única y singular, estableciendo un vínculo con toda la humanidad, como afirma Juan Pablo II en *Mulieris dignitatem*:

María —esta «mujer» de la Biblia (cf. *Gen* 3,15; *Jn* 2,4; 19,26)— pertenece íntimamente al misterio salvífico de Cristo y por esto está presente también de un modo especial en el misterio de la Iglesia. Puesto que «la Iglesia es en Cristo como un sacramento [...] de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano», la presencia especial de la Madre de Dios en el Misterio de la Iglesia nos hace pensar en el *vínculo excepcional entre esta «mujer» y toda la familia humana*. Se trata aquí de todos y cada uno de los hijos e hijas del género humano, en los que, en el transcurso de las generaciones, se realiza aquella *herencia fundamental* de la humanidad entera, unida al misterio del principio bíblico: «creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó» (*Gen* 1,27)<sup>5</sup>.

Sin embargo, es sobre todo gracias al del prólogo del Evangelio de Juan que podemos profundizar en el misterio de la filiación divina y, por tanto, de María como madre de la humanidad redimida por el Hijo. Juan, de hecho, afirma:

Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (*Jn* 1,12-14).

Este discurso se retoma también en otros puntos del cuarto Evangelio, como por ejemplo en el diálogo con Nicodemo, donde Juan describe todo lo que el Espíritu Santo hace en nosotros para provocar nuestra generación sobrenatural como hijos de Dios (*Jn* 3,1-8), y en la primera carta (*1 Jn* 3,6-9; *1 Jn* 5,18-19) donde se describen los efectos espirituales y morales en la vida concreta del cristiano, cuando vive su filiación divina y se convierte así en “impecable”. En todos los pasajes es evidente que uno se convierte en hijo de Dios no por nacimiento, ni por derecho, sino por un don que viene de lo alto. Se trata, en efecto, de la generación por la gracia, a través del bautismo,

<sup>4</sup> FT, n. 85.

<sup>5</sup> JUAN PABLO II, carta apostólica *Mulieris dignitatem* sobre la dignidad y vocación de la mujer, 15 de agosto de 1988, n. 2. De ahora en adelante la citaremos como MD.

es decir, por el agua y el Espíritu Santo<sup>6</sup>. Esto implica no tanto una marca cuanto un regalo que interpela nuestra libertad y, si se acepta, nos hace verdaderamente libres:

El bautismo y la fe nos introducen en una nueva dinámica de ser, y ponen un dinamismo nuevo en nuestra existencia. Este tesoro hace de toda la vida un camino, un progresar, siempre precedidos y acompañados por esos hechos de gracia obrados por el Señor que vuelven a sorprender al corazón, alimentando así la fe. En resumen, la filiación divina no es una marca metafísica impresa en el destino de cada persona, lo sepa o no, lo quiera o no. Es más bien un don que se reconoce y se acepta en la fe. Eso desafía nuestra libertad, hasta el punto de que Dios mismo, según la estupenda imagen de san Bernardo, esperaba el sí de María con trepidación. El otro término clave del pasaje del Prólogo es la palabra poder (ἐξουσίαν), que también indica no una posesión, sino un dinamismo. Uno no se convierte en hijo de Dios de forma automática, por ley de la naturaleza, sino por la fe. La fe es el poder que se da para llegar a ser hijos de Dios: no una fe vaga y anónima, un mero anhelo religioso, común al menos en algunos momentos de la vida a todos los hombres, sino la fe de quien «creen en su nombre». Una expresión que encontramos varias veces en Juan: la verdadera fe consiste en «creer en el nombre del único Hijo de Dios» (Jn 3,18). De ello se desprende que nuestra filiación solo puede ser una participación en la filiación de quien se manifestó entre nosotros como «el Hijo único que salió del Padre»<sup>7</sup>.

Los Padres de la Iglesia profundizan en ello explicando que la Encarnación tiene como finalidad primordial la filiación divina y la salvación de la humanidad. En su famosa *Homilía de Navidad*, san León Magno escribe:

Todos los hijos de la Iglesia se distinguen por la sucesión de los tiempos, pero la colectividad universal de los creyentes, nacida de la fuente bautismal, como con Cristo fueron crucificados en la pasión, y resucitados en la resurrección, y colocados a la derecha del Padre en la ascensión, así son con él engendrados en este nacimiento. Porque cualquier hombre, cuando en cualquier parte del mundo de los creyentes se regenera en Cristo, cortado el nexo de la culpa original pasa al Hombre nuevo al nacer de nuevo; y ya no está en el linaje de su padre carnal, sino en la semilla del Salvador, que por eso se hizo hijo del hombre, para que pudiéramos ser hijos de Dios. Porque si no hubiera bajado a nosotros con esta humildad, ningún hombre llegaría a él por sus propios méritos<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> Cf. I. DE LA POTTERIE, «Figli di Dio non si nasce, si diventa», in IDEM, *Storia e mistero. Egesi cristiana e teologia giovannea*, SEI, Torino 1997, 169-175.

<sup>7</sup> I. DE LA POTTERIE, «Figli di Dio...», 173.

<sup>8</sup> LEON MAGNO, *Sermones*, 26, 1-2: PL 52, 272-273.

La filiación divina es una realidad totalmente nueva, que nos pone en contacto directo con el Padre, con quien podemos hablar en términos de confianza filial. Esta filiación presupone la fe y el bautismo, como enseña san Pablo: «Porque todos vosotros sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo» (*Gal 3,26-27*)<sup>9</sup>.

Sobre esta idea, san Atanasio comenta:

Como seres creados, los seres humanos solo pueden llegar a ser hijos de Dios mediante la fe y el bautismo, recibiendo el Espíritu del verdadero y natural Hijo de Dios. Precisamente por eso, el Verbo se hizo carne, para hacer a los seres humanos capaces de la adopción filial y de la participación en la naturaleza divina. En consecuencia, por naturaleza Dios, en sentido estricto, no es el Padre de los seres humanos. Solo quien acepta conscientemente a Cristo y es bautizado, será capaz de gritar en verdad: «Abba, Padre» (*Rm 8,15; Gal 4,6*)<sup>10</sup>.

Nuestra filiación divina es, por lo tanto, un don que viene de Dios, que envía el Espíritu del Hijo a nuestros corazones. Por la gracia, como hijos adoptivos, somos puestos al mismo nivel que el Hijo natural de Dios. Nos convertimos por gracia en lo que Él es por naturaleza. Lo que Él posee en sí mismo lo obtenemos participando de su naturaleza, hasta el punto de decir, como san Pablo, «ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (*Gal 2,20*)<sup>11</sup>.

La filiación divina produce una transformación radical en nosotros, porque de esclavos pasamos a ser hijos. Es una nueva creación que se realiza por medio del Espíritu Santo, de modo que el hombre carnal (*psychikòs*) se convierte en un hombre espiritual (*pneumatikòs*) que conoce y comprende las cosas del Espíritu y tiene el pensamiento (*noûs*) de Cristo (cf. *1 Cor 2,14-16*), de quien se siente hermano, y puede llamar a Dios de forma íntima: «¡Abba, Padre!» (*Rm 8,15; Gal 4,6*). Podemos, por ello, definir la filiación divina, comunicada a los cristianos, como una vida en el Espíritu. La filiación divina se realiza de una manera neumática que hace de los redimidos nuevas creaturas en Cristo Jesús<sup>12</sup>.

<sup>9</sup> R. PENNA, *Lo spirito di Cristo: cristologia e pneumatologia secondo un'originale formulazione paolina*, Paideia, Brescia 1976, 234.

<sup>10</sup> ATANASIO, *Oratio contra Arianos II*, 59: VC 48 (1994), 135-156.

<sup>11</sup> A. VANHOYE, *Lettera ai Galati*, Paoline, Milano 2000, 158.

<sup>12</sup> *Ibid.*, 158.

San Pablo, en la *Carta a los Gálatas*, profundiza en este tema al incluir a María, definida como la mujer de la que viene el Mesías al mundo:

Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial. Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «¡Abba, Padre!». Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios (*Gal 4,4-7*).

La afirmación de *Gal 4,4*, que presenta el nacimiento de Jesús de una mujer, proclama la concreción histórica de la Encarnación del Verbo<sup>13</sup> y revela, al mismo tiempo, una cristología trinitaria, porque implica la participación del Padre y del Espíritu Santo en la misión del Hijo, que se declina en sentido soteriológico, ya que la finalidad de la Encarnación es la adopción filial de toda la humanidad que yacía esclavizada a la ley. En síntesis, el proyecto tiene al Padre como principal protagonista, pero implica también al Hijo, al Espíritu Santo y a María, en el plano creatural, como Aquella que es invitada a participar, por derecho propio, en la Encarnación del Verbo<sup>14</sup>.

Interpretado así, «nacido de mujer» refuerza aún más la idea de la participación activa de María en la concepción y el nacimiento del Verbo según la naturaleza humana, mediante su consentimiento libre y consciente dado en la fe. Y esto la convierte en Madre de Dios y madre de la humanidad y, por tanto, icono de la Iglesia, Virgen y Madre, como sostiene también el Concilio Vaticano II:

La Virgen Santísima, por el don y la prerrogativa de la maternidad divina, que la une con el Hijo Redentor, y por sus gracias y dones singulares, está también íntimamente unida con la Iglesia. Como ya enseñó San Ambrosio, la Madre de Dios es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo. Pues en el misterio de la Iglesia, que con razón es llamada también madre y virgen, precedió la Santísima Virgen, presentándose de forma eminente y singular como modelo tanto de la virgen como de la madre. Creyendo y obedeciendo, engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, y sin conocer varón, cubierta con la sombra del Espíritu Santo, como una nueva Eva, que presta su fe exenta de toda duda, no a la antigua serpiente, sino al mensajero de Dios, dio a luz al Hijo, a quien Dios consti-

<sup>13</sup> Cf. *Ibid.*, 108.

<sup>14</sup> A. SERRA, «Gal 4,4: una mariologia in germe», *Theotokos* 1 (1993), 7-25.

tuyó primogénito entre muchos hermanos (cf. *Rm* 8,29), esto es, los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno<sup>15</sup>.

Por lo tanto, la maternidad de María no se agota en el plano físico, sino que la fe de la Iglesia la entiende también y sobre todo en el plano espiritual, en cuanto participó con todo su ser en el misterio del Hijo. De este modo, la maternidad de María se convierte en modelo de la maternidad espiritual de la Iglesia y de todo creyente. Esto se debe a que María concibió a Cristo primero en la fe y luego en el cuerpo. La fuerza de su fe indica que todo cristiano, en un sentido espiritual, puede dar a luz a Cristo en sí mismo si se abre a la vida de la fe y lo acoge en su vida:

Una frase de Orígenes, recogida por san Agustín, san Bernardo, Lutero y otros, explica mejor este sentido: «¿De qué me sirve que Cristo haya nacido una vez de María en Belén, si no nace también por la fe en mi alma?» [Orígenes, *Comentario al Evangelio de Lucas*, 22:3 (*SCb*, 87, 302)]. La maternidad divina de María se realiza a dos niveles: a nivel físico y a nivel espiritual. María es la Madre de Dios no solo porque lo llevó físicamente en su vientre, sino también porque lo concibió primero en su corazón, por la fe. No podemos, por supuesto, imitar a María en el primer sentido, generando a Cristo de nuevo, pero podemos imitarla en el segundo sentido, que es el de la fe. Jesús mismo inició esta aplicación del título de «Madre de Cristo» a la Iglesia cuando declaró: «Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica» (*Lc* 8,21; cf. *Mc* 3,31ss; *Mt* 12,49)<sup>16</sup>.

La Tradición ha captado la relación entre Dios Padre y María en la afirmación del doble nacimiento del Hijo: su generación eterna del Padre y su nacimiento temporal de María. Así, Jesús es Hijo del Padre según la divinidad e Hijo de María según la humanidad. Hay sobre todo dos títulos que parecen sintetizar la tradición a este respecto: María es llamada Hija y Esposa del Padre. El primer título hace referencia a la gracia tan especial con la que María fue adornada a lo largo de su vida y, sobre todo, en la Anunciación, cuando acogió con fe la Palabra del Padre. Por eso se convirtió no solo en la Madre del Verbo, sino también en la primera de los redimidos, la primera hija adoptiva del Padre en el Hijo. El segundo título de esposa se refiere a la maternidad de María, que fue asociada al Padre en la Encarnación del Hijo.

Si la vocación del cristiano es ser hijo de Dios en el Hijo, para vivir en la libertad de esta condición filial, María, por su experiencia, como Madre de

<sup>15</sup> CONCILIO VATICANO II, constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, n. 63: AAS 57 (1965), 63. De ahora en adelante será citada como LG.

<sup>16</sup> L. GAMBERO, «Maria nei Padri della Chiesa», *Theotokos* 1 (1993), 33.

Dios, es el modelo perfecto a imitar, por su relación filial, con Dios y con los hombres.

La experiencia filial del Padre en María alcanza su máxima expresión en su condición de Madre del Hijo de Dios encarnado. A través de esta maternidad, en efecto, María se unió de manera única al Hijo del Padre eterno, que tomó su humanidad precisamente del seno de la Virgen. De ahí que su íntima unión con Cristo, no solo por la gracia, sino también por su naturaleza humana, colocara a María en la condición de total apertura y unión con el Padre. También se realizaba una situación paradójica: de hecho, en su Hijo Jesucristo, no solo era la Hija del Padre, sino también la Madre del Hijo. Por eso la paternidad de Dios en ella se vivió como maternidad hacia el Hijo. En consecuencia, así como el Hijo era todo del Padre y se dirigía al Padre, así María era toda del Padre y se dirigía al Padre. Si la maternidad divina de María puede verse como la imagen humana y creada de la paternidad de Dios, su existencia filial en unión con su Hijo divino puede verse como la imagen humana y creada de la filiación divina de Cristo<sup>17</sup>.

María vivió esta realidad filial no de forma pasiva, sino activa, respondiendo plenamente a las consecuencias de su situación privilegiada al servir tanto a su Hijo como a sus hermanos en Él. Por eso, su *fiat* se convierte en un modelo para el creyente que redescubre su identidad de hijo de Dios y de hermano en Cristo creyendo y entregándose al amor.

La fe de María devuelve a la creación su realización original, y a la humanidad su destino de libertad y recreación en el Espíritu del Señor Resucitado en la nueva alianza dada por la filiación divina. De ello se desprende que la Virgen María, como afirma también H.U. von Balthasar, en el acto de acoger al Verbo de Dios en su seno, adquiere una nueva identidad teológica y social, ya que se «transforma en espacio y sustrato de comunidad»<sup>18</sup> convirtiéndose en modelo para toda la humanidad y, en particular, para la Iglesia, que acoge a su Salvador en su existencia mediante su fe y su amor. Y esta nueva identidad puede leerse también como una vocación a la fraternidad universal, porque en María todo cristiano está llamado a descubrir su relación fundante con Dios para vivir plenamente su ser en el amor. Juan Pablo II, profundizando en el papel de la Virgen Madre de Dios como principio antropoteológico de la humanidad renovada y redimida, escribe:

<sup>17</sup> A. AMATO, «La SS. Trinità e Maria. Sintesi teologica», in E.M. TONIOLO (ED.), *Come vivere l'impegno cristiano con Maria*, Centro di Cultura Mariana «Madre della Chiesa», Roma 1984, 34.

<sup>18</sup> H.U. VON BALTHASAR, *Teodrammatica*, III. *Le persone del dramma: l'uomo in Cristo*, Jaca Book, Milano 1983, 252-253.



La unión particular de la «Theotókos» con Dios, que realiza del modo más eminente la predestinación sobrenatural a la unión con el Padre concedida a todos los hombres (*fili in Filio*), es pura gracia y, como tal, *un don del Espíritu*. Sin embargo, y mediante una respuesta desde la fe, María expresa al mismo tiempo su libre voluntad y, por consiguiente, la participación plena del «yo» personal y femenino en el hecho de la encarnación. Con su «*fiat*» María se convirtió en el sujeto auténtico de aquella unión con Dios que se realizó en el Misterio de la encarnación del Verbo consubstancial al Padre. Toda la acción de Dios en la historia de los hombres respeta siempre la voluntad libre del «yo» humano. Lo mismo acontece en la anunciación de Nazaret<sup>19</sup>.

De este modo, la experiencia de María de Nazaret se convierte en un arquetipo de la experiencia de fe de todo creyente, sea hombre o mujer:

María -la mujer de la Biblia- es la expresión más completa de esta dignidad y de esta vocación. En efecto, cada hombre -varón o mujer- creado a imagen y semejanza de Dios, no puede llegar a realizarse fuera de la dimensión de esta imagen y semejanza<sup>20</sup>.

La respuesta de María tiene, por tanto, un significado antropológico que encierra el contenido esencial de la respuesta de fe de toda persona a la Revelación divina y se abre a la regeneración, por la gracia, de todo creyente en Cristo, permitiendo definir la existencia cristiana como una vocación a la comunión con Dios, en la más profunda intimidad del propio ser, y a la comunión con todos, reconocidos como hermanos en Cristo, y con toda la creación, espacio de salvación<sup>21</sup>.

La enseñanza que nos llega de la experiencia de la Virgen María se inscribe en el papel de las religiones y de la Iglesia, en particular, como maestra de fraternidad y amor, en un mundo caracterizado, como observa el Papa Francisco, por una conciencia anestesiada hacia los grandes valores que construyen las sociedades. Es la lección de *Fratelli tutti*:

Cabe reconocer que «entre las causas más importantes de la crisis del mundo moderno están una conciencia humana anestesiada y un alejamiento de los valores religiosos, además del predominio del individualismo y de las filosofías materialistas que divinizan al hombre y ponen los valores mun-

<sup>19</sup> JUAN PABLO II, MD, n. 4.

<sup>20</sup> MD, n. 5.

<sup>21</sup> Cf. C. MILITELLO, «Il mistero di Maria, il mistero della Donna» in E. M. TONIOLO (ed.), *Come si manifesta in Maria la dignità della donna*, Centro di Cultura Mariana «Madre della Chiesa», Roma 1990, 69- 84; A. ATTARD, O.C.D., *Maria, icona della donna in Giovanni Paolo II*, LEV, Città del Vaticano 2009.

danos y materiales en el lugar de los principios supremos y trascendentes». No puede admitirse que en el debate público solo tengan voz los poderosos y los científicos. Debe haber un lugar para la reflexión que procede de un trasfondo religioso que recoge siglos de experiencia y de sabiduría. «Los textos religiosos clásicos pueden ofrecer un significado para todas las épocas, tienen una fuerza motivadora», pero de hecho «son despreciados por la cortedad de vista de los racionalismos»<sup>22</sup>.

## **2. La Virgen María y la generatividad del amor cristiano**

Mirando la situación actual, el papa Francisco denuncia los males del mundo, también a nivel sociopolítico y religioso, desde la política injusta hasta la globalización que genera la cultura del descarte, desde las sociedades líquidas hasta la comunicación sin sabiduría, que no respetan o más bien degradan la dignidad de la persona, desde las culturas materialistas y hedonistas hasta el papel de las religiones en la creación de un estilo de vida sobrio atento a los pobres y necesitados, libre de nihilismo y fundamentalismo y abierto a la lógica del Evangelio.

La encíclica invita, de todos modos, a superar las sombras de un mundo cerrado con la apertura al amor. La llamada al valor universal del amor como fuente de fraternidad, de justicia, de reconciliación y de paz es muy fuerte en el documento. El papa Francisco afirma que es necesario superar la lógica de la indiferencia y del poder, de la opresión y de la violencia, por la lógica evangélica del amor que acoge y cuida, abriéndose al otro, visto ya no como enemigo sino como hermano.

El icono por excelencia es el buen samaritano que, superando los prejuicios de pertenencia, se inclina sobre el herido, sin pasar de largo como el sacerdote y el levita, que de todos modos pertenecían al pueblo judío, entendiendo quién es su prójimo. La parábola es actual para este discurso porque explica la dinámica del desarrollo de una identidad cristiana basada no en un culto estéril y formal a Dios, sino en la imitación de los propios sentimientos de Cristo que se entrega. Esta dinámica sienta las bases de la verdadera fraternidad humana, en la apertura de uno mismo al otro, en el cuidado del hermano, sobre todo si está herido, en la inclusión de quien sufre y en la gratuidad del amor que se entrega:

La narración es sencilla y lineal, pero tiene toda la dinámica de esa lucha interna que se da en la elaboración de nuestra identidad, en toda existencia lanzada al camino para realizar la fraternidad humana. Puestos en camino nos chocamos, indefectiblemente, con el hombre herido. Hoy, y cada vez

<sup>22</sup> FT, n. 275.

más, hay heridos. La inclusión o la exclusión de la persona que sufre el costado del camino define todos los proyectos económicos, políticos, sociales y religiosos. Enfrentamos cada día la opción de ser buenos samaritanos o indiferentes viajeros que pasan de largo. Y si extendemos la mirada a la totalidad de nuestra historia y a lo ancho y largo del mundo, todos somos o hemos sido como estos personajes: todos tenemos algo de herido, algo de salteador, algo de los que pasan de largo y algo del buen samaritano<sup>23</sup>.

De ahí la necesidad de construir una sociedad según el modelo del Evangelio y, consecuentemente, la invitación a pensar y generar un mundo abierto al amor. Precisamente en referencia a la generatividad del amor, nuestro pensamiento vuelve a María, madre del amor hermoso, Aquella que, con su *fiat* al proyecto divino, se abrió a un mundo nuevo, que el Espíritu le inspiró y que se convirtió en el horizonte veraz y práctico en el que vivió, completamente entregada al amor, en la más absoluta gratuidad y también en la libertad del don.

La fe de María se hizo fecunda en el amor. Por eso puede ser considerada como un modelo de la identidad del hombre y de la mujer de fe que ponen su vida al servicio del Evangelio:

María no es el prototipo de la Iglesia tan solo en virtud de su fe virginal, lo es igualmente en virtud de su fecundidad, que ciertamente no es autónoma (como la de las diosas de la fecundidad), sino puramente ministerial, en función del servicio, de hecho, es Cristo quien por su pasión crea la Iglesia, no María. Sin embargo, ella participó como instrumento en esta creación en virtud de la universalidad y la ilimitación de su sí, que el Hijo puede utilizar como medio plástico hasta el infinito, para obtener nuevos creyentes y regenerarlos. Su presencia en la cruz, su solidaridad en medio del abandono de la cruz, su función eterna de mujer que da a luz, muestran hasta qué punto su entrega se universaliza hasta el punto de convertirse en un principio universal del seno materno para toda gracia cristiana generadora<sup>24</sup>.

En *Redemptoris Mater*, Juan Pablo II, refiriéndose al parto del que habla san Pablo en otro contexto, explica la generatividad de la Virgen María como modelo de la maternidad de la Iglesia, que debe ser fecunda en su naturaleza sacramental:

Esta característica «materna» de la Iglesia ha sido expresada de modo particularmente vigoroso por el Apóstol de las gentes, cuando escribía: «¡Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros!» (*Gal* 4,19). En estas palabras de san Pablo está conte-

<sup>23</sup> FT, n. 69.

<sup>24</sup> H. U. VON BALHASAR, *Sponsa Verbi*, Morcelliana, Brescia 1970, 162.

nido un indicio interesante de la conciencia materna de la Iglesia primitiva, unida al servicio apostólico entre los hombres. Esta conciencia permitía y permite constantemente a la Iglesia ver el misterio de su vida y de su misión *a ejemplo de la misma Madre del Hijo*, que es el «primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8,29).

Se puede afirmar que la Iglesia aprende también de María la propia maternidad; reconoce la dimensión materna de su vocación, unida esencialmente a su naturaleza sacramental, «contemplando su arcana santidad e imitando su caridad, y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre». Si la Iglesia es signo e instrumento de la unión íntima con Dios, lo es por su maternidad, porque, vivificada por el Espíritu, «engendra» hijos e hijas de la familia humana a una vida nueva en Cristo. Porque, al igual que *María está al servicio del misterio de la encarnación*, así *la Iglesia permanece al servicio del misterio de la adopción como hijos* por medio de la gracia<sup>25</sup>.

Leyendo *Fratelli tutti*, encontramos algunos pasajes maravillosos sobre estos conceptos que, aunque no recuerden directamente a la Virgen de Nazaret, perfilan muy bien su personalidad y explican por qué se la considere un modelo de generatividad en el amor.

En concreto, el papa Francisco afirma:

Un ser humano está hecho de tal manera que no se realiza, no se desarrolla ni puede encontrar su plenitud «si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás». Ni siquiera llega a reconocer a fondo su propia verdad si no es en el encuentro con los otros: «Solo me comunico realmente conmigo mismo en la medida en que me comunico con el otro». Esto explica por qué nadie puede experimentar el valor de vivir sin rostros concretos a quienes amar. Aquí hay un secreto de la verdadera existencia humana, porque «la vida subsiste donde hay vínculo, comunión, fraternidad; y es una vida más fuerte que la muerte cuando se construye sobre relaciones verdaderas y lazos de fidelidad. Por el contrario, no hay vida cuando pretendemos pertenecer solo a nosotros mismos y vivir como islas: en estas actitudes prevalece la muerte»<sup>26</sup>.

La Virgen María, respondiendo al plan de Dios revelado por el arcángel Gabriel, encuentra su propia plenitud en el don sincero de sí misma a Dios. A partir de ese momento, está totalmente relacionada con Él y con los hermanos que Cristo vino a encontrar. Se deja llevar por Él a Belén, dejando la seguridad de la casa de Nazaret, para hacerlo nacer en un pesebre. Lo entrega en adoración a los pastores y a los Reyes Magos, sin distinción de raza,

<sup>25</sup> JUAN PABLO II, carta encíclica *Redemptoris Mater*, 25 de marzo de 1987, n. 43: AAS 79 (1987), 422.

<sup>26</sup> FT, n. 87.

nacionalidad, cultura. Le sigue en Egipto, con confianza a pesar de su sufrimiento, y le es fiel hasta la cruz, donde se sacrifica con Él por la salvación de todos, acogidos como hijos en su Hijo. La vida de María explica cómo el amor es la clave que la hizo madurar y la convirtió en una auténtica existencia humana, logrando establecer alianzas, vínculos, comunión, fraternidad universal. Lo canta en el *Magnificat*, y lo experimenta a lo largo de su vida, pero sobre todo lo vive en la historia, continuamente invocada y admirada por todos los pueblos<sup>27</sup>.

Su testimonio confirma, como dice el papa Francisco, que «Hechos para el amor, hay en cada uno de nosotros “una ley de éxtasis: salir de sí mismo para hallar en otro un crecimiento de su ser”. Por ello “en cualquier caso el hombre tiene que llevar a cabo esta empresa: salir de sí mismo”»<sup>28</sup>.

Al abandonar sus propios proyectos, insertándose en el proyecto divino, María sale de sí misma, experimentando el éxtasis del corazón. En esta dinámica encuentra en los demás su crecimiento de ser. Su capacidad de amar se dilata hasta el infinito en la nueva vocación de ser madre, Madre de Dios, con toda la carga de responsabilidad que ello conlleva, compartiendo con su Hijo sentimientos, aspiraciones, objetivos, y también penas e incomprendiones. Y ser madre de la humanidad y madre de la Iglesia, madre de todos, incluso de los alejados, de los pecadores, de los buscadores de Dios, de los infelices, de los ateos, de los últimos de la tierra. En su corazón de madre hay lugar para todos porque ha aprendido de su Hijo la acogida universal. Su intercesión es realmente poderosa para encontrar el camino para ir hacia Dios, para convertirse sinceramente, para entregarse a Él sin reservas, para seguirle en la fidelidad y en la perseverancia.

El papa Francisco señala también que el verdadero amor que viene de Dios no es ideológico, sino que se traduce en actitudes prácticas que llevan a la existencia concreta, a la vida cotidiana, los valores morales con los que se testimonia su autenticidad.

Las personas pueden desarrollar algunas actitudes que presentan como valores morales: fortaleza, sobriedad, laboriosidad y otras virtudes. Pero para orientar adecuadamente los actos de las distintas virtudes morales, es necesario considerar también en qué medida estos realizan un dinamismo de apertura y unión hacia otras personas. Ese dinamismo es la caridad que Dios infunde. De otro modo, quizás tendremos solo apariencia de virtudes, que serán incapaces de construir la vida en común. Por ello decía santo

<sup>27</sup> Cf. R. SCHNACKENBURG, «Il Magnificat, la sua spiritualità e la sua teologia», in Id., *La vita cristiana. Esegesei in progresso e in mutamento*, Jaka Book, Milano 1977, 215- 234.

<sup>28</sup> FT, n. 88.

Tomás de Aquino —citando a san Agustín— que la templanza de una persona avara ni siquiera es virtuosa. San Buenaventura, con otras palabras, explicaba que las otras virtudes, sin la caridad, estrictamente no cumplen los mandamientos «como Dios los entiende».

La altura espiritual de una vida humana está marcada por el amor, que es «el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana». Sin embargo, hay creyentes que piensan que su grandeza está en la imposición de sus ideologías al resto, o en la defensa violenta de la verdad, o en grandes demostraciones de fortaleza. Todos los creyentes necesitamos reconocer esto: lo primero es el amor, lo que nunca debe estar en riesgo es el amor, el mayor peligro es no amar (cf. *1 Co 13,1-13*)<sup>29</sup>.

La Virgen María, mujer del amor como valor único de su vida, muestra en la vida cotidiana de Nazaret, de Belén, de Jerusalén, sus valores morales, en total apertura a los demás, tanto a los conciudadanos que no comprenden a su Hijo, como a los pastores, es decir, a los últimos, a los pobres, que vienen a adorarlo, así como a los magos, cultos y ricos, venidos de otras culturas, a los que acoge siempre con disposición y amabilidad, para mostrar a Jesús, el sumo bien de su vida y el sumo amor de todos.

Su amor está guiado por la gracia, como también reconoce el Evangelio, por la escucha constante de la Palabra de Dios, por la obediencia de la fe y la docilidad al Espíritu Santo. Es Dios, en última instancia, quien moldea el corazón de María al amor.

Por otra parte, también debemos considerar la grandeza de María, que se revela precisamente en la medida de su amor de madre, cuidadosa y atenta a las necesidades de todos, como en Caná, vigilante en el Cenáculo, junto a la Iglesia que nace, dispuesta al servicio, como en casa de Isabel, y fiel en la prueba, como al pie de la cruz.

De todo ello se deduce la estatura moral de María que se desarrolla en la dinámica del amor que se entrega con gratuidad y alegría, al servicio de Dios y de los hermanos. En particular, María cree en el amor como cuidado del otro y como acogida, precisamente dos temas que *Fratelli tutti* destaca al hablar de las relaciones que construyen la fraternidad universal. Así lo atestigua el episodio de Caná, en el que María atiende a los recién casados que carecían de vino, símbolo de la fiesta de la vida. María devuelve precisamente la esperanza y la alegría a los dos esposos expresando la fe en el poder salvador de su Hijo.

«Dijo a los criados: Haced lo que os diga» (*Jn 2,5*). Cuando falta el vino, simbólicamente falta el amor, se acaba la fiesta de la vida. María se da cuenta

<sup>29</sup> FT, nn. 91-92.

antes que todos, porque conoce el amor mejor que nadie, porque ha experimentado su gran polifonía, porque los amantes vuelan. Y el amor es atención. Y he aquí que ella se encarga. Al expresar también la fe en un Hijo que asumirá la situación, cree en un Dios que cuida del amor. Esta fe anticipa la fe de todos los discípulos que vieron la señal que había hecho y creyeron en Él. «Haced lo que os diga»: haced su palabra, es decir, actuad, comprometeos, daos cuenta de que aquella Palabra no ha terminado, todavía viene a llenar las tinajas vacías de la vida, a llenar de valor los hogares. Hacer el Evangelio es la manera de reintroducir el amor en el mundo y en el hogar, incluso cuando parece imposible, ese amor que se extiende al hijo que se ha equivocado, al cónyuge que ha engañado, al anciano que ha perdido el sentido, al familiar enfermo; el amor que ama primero, ama perdiendo, ama sin esperar la reciprocidad, el amor del Evangelio<sup>30</sup>.

María cree en el amor como acogida, cuando toma a Juan como hijo, según el mandato de Jesús. Su amor maternal se abre al don de este nuevo hijo y, en él, de todos los redimidos que, como Juan, la reconocen como madre del amor hermoso. Su ejemplo hace que el principio de la acogida se convierta en algo fundamental en la vida del cristiano y de la Iglesia naciente:

«Y desde ese momento el discípulo la acogió en su casa». La casa: donde acoger a los que han perdido parte de sí mismos, ofreciéndoles la atención del corazón, como a un niño cansado al que no se trata tanto de hacer el bien, sino de quererlo. Escuchándolo. Estando a su lado. La casa, lo contrario del encuentro ocasional o fortuito, dice estabilidad, relación que continúa. Futuro. María es entregada al discípulo y el discípulo es entregado a María. La reciprocidad de la acogida es la primera actitud pedida por Jesús a la Iglesia naciente, el último mandato. María acogió el anuncio del ángel, acogió al Verbo en su seno; acoge los acontecimientos y las palabras en su corazón; acoge a Juan como su hijo. El principio mariológico dice que el criterio de acogida entra en la estructura misma de la experiencia cristiana. En el plano antropológico, interpretar la religiosidad bajo la categoría de acogida está cargado de consecuencias. Si la comunidad mesiánica surge de una doble aceptación, la de María y la de Juan, no puede haber Iglesia de Cristo sin el criterio determinante y discriminante de la acogida. La Iglesia es acogida o no es. La lógica íntima de la acogida se opone a la lógica de la escena pública que hay que conquistar. Acoger y salvaguardar deben determinar la fisonomía de la Iglesia, articular la disciplina, dar forma al lenguaje. El resultado es una Iglesia que sabe acompañar a todos, y en ello está su gracia para el mundo. La acogida habla del camino descendente de Dios. El Padre

<sup>30</sup> E.M. RONCHI, «La Vergine di Nazareth: colei che ha creduto all'amore», in E.M. TONIOLO (ED.), *Maria Testimone e Serva di Dio-Amore*, Centro di Cultura Mariana «Madre della Chiesa», Roma 1984, 73.

ralentiza su paso al ritmo del nuestro, hace que sus pies se empolven en nuestros caminos, acorta su paso a la medida del nuestro, en el polvo de nuestros caminos. La fe nos asegura que es Dios quien desciende. Creer en el amor significa acoger. Dios no es algo merecido, sino que se acoge. En su eterno éxodo<sup>31</sup>.

De ahí también la riqueza de la espiritualidad del *Magnificat*, que testimonia la fe de María en la intervención de Dios en la historia, ya que su fidelidad y su amor hacia toda criatura nunca fallan y su Palabra se cumple y da frutos incluso más allá de toda expectativa humana. En su experiencia, como podemos ver en el *Magnificat*, la Virgen María muestra la fecundidad del dinamismo salvífico divino y la fuerza de su acción en el mundo. Dios da a todos la gracia y la libertad, la justicia, la paz interior y la alegría del espíritu, la santidad y la vida eterna. Esta lógica se propone a la Iglesia, que está llamada a reproponer el mensaje evangélico de salvación, no en clave política, sino en sentido teológico y espiritual. Como María, la Iglesia se hace hermana y compañera de viaje de todos, especialmente de los pobres y abandonados, de los oprimidos y necesitados, recordando el valor de la fe como arma para vencer toda guerra, como defensa de los débiles y como recurso mundial para construir un mundo mejor. En la fe, la presencia de Dios que actúa en la historia se muestra victoriosa y fructífera en la vida nueva.

### 3. La apertura universal del amor: María modelo performativo para la Iglesia

En la encíclica *Fratelli tutti*, el papa Francisco también habla de que el amor debe integrar y reunir a todos, haciendo posible el encuentro entre los pueblos, la ayuda mutua, la subsidiariedad y la caridad. En particular, afirma que la Iglesia tiene la tarea de crear las condiciones para reunir a los pueblos en el único pueblo de Dios. Y, en este contexto, se refiere a María, Madre de la Iglesia y de todos los pueblos:

Llamada a encarnarse en todos los rincones, y presente durante siglos en cada lugar de la tierra —eso significa “católica”— la Iglesia puede comprender desde su experiencia de gracia y de pecado, la belleza de la invitación al amor universal. Porque «todo lo que es humano tiene que ver con nosotros. [...] Dondequiera que se reúnen los pueblos para establecer los derechos y deberes del hombre, nos sentimos honrados cuando nos permiten sentarnos junto a ellos». Para muchos cristianos, este camino de fraternidad tiene también una Madre, llamada María. Ella recibió ante la Cruz esta maternidad universal (cf. *Jn* 19,26) y está atenta no solo a Jesús sino también «al

<sup>31</sup> E.M. RONCHI, «La Vergine di Nazareth...», 78-79.



resto de sus descendientes» (Ap 12,17). Ella, con el poder del Resucitado, quiere parir un mundo nuevo, donde todos seamos hermanos, donde haya lugar para cada descartado de nuestras sociedades, donde resplandezcan la justicia y la paz<sup>32</sup>.

Bajo la cruz, María asume esta maternidad universal que la hace abierta a todas las naciones, a cada pueblo y a cada persona concreta, acogida como hijo, por el mandato recibido de Jesús. A través de la resurrección de Cristo, María quiere dar a luz una humanidad renovada por su sacrificio redentor, una humanidad con un rostro nuevo, marcado por su amor. Una humanidad en la que todos se sientan hermanos, especialmente los últimos y los rechazados por la sociedad, una humanidad que vive en justicia y en la paz porque sigue los valores evangélicos como opción de vida. Esto es lo que se desprende de una lectura eclesiológica del *Magnificat*:

Hay más de un versículo en este texto donde se dice: «Ha desplegado el poder de su brazo, ha dispersado a los soberbios, ha derribado a los poderosos, ha levantado a los humildes, ha colmado de bienes a los hambrientos, ha rechazado a los ricos con las manos vacías». Esto es lo que debe hacer también el cristiano. Efectivamente, estas frases puestas en boca de María se verificaron y actualizaron ya en el ministerio de Jesús: tanto su actividad como su enseñanza iban en esta línea, al menos en parte y en gran medida. Pensemos en las diversas intervenciones de Jesús en favor de los necesitados; pensemos en la multiplicación de los panes, por tomar una página paradigmática; también podemos citar *Mateo* 25: «Cuando hayáis dado de comer al hambriento, de beber al sediento, etc.»; pensemos en la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro. Por lo tanto, hay una actividad y también una enseñanza de Jesús que están en consonancia con este texto: «A los hambrientos los ha colmado de bienes, a los ricos los ha despedido con las manos vacías». Esta es también la dimensión que debe caracterizar al cristiano; el cristiano no es alguien que vive su fe con las anteojeras puestas aislado frente al Señor, como si todo lo demás estuviera condenado a la perdición y tuviera que abandonarse a sí mismo. El Dios bíblico, que es el Dios de María, estimula al cristiano a un compromiso de este tipo<sup>33</sup>.

En esta perspectiva, la Virgen María enseña la gratuidad del amor que se entrega en el espacio de libertad y de amor revelado por Cristo resucitado, para que, siguiendo su ejemplo, la humanidad vuelva a aquella armonía de la creación que estaba en el plan de Dios. María enseña el camino con su capacidad de relación con Dios Trinidad, fuente de todo amor, buscando

<sup>32</sup> FT, n. 278.

<sup>33</sup> R. PENNA, «Il “Magnificat”: Il canto dell’uomo e della Chiesa redenta», in E.M. TONIOLO (ED.), *Come vivere l’impegno...*, 180.

reproducir en la tierra esta relación original también con los demás y con la creación. Ella es el modelo para los hombres y las mujeres, para los matrimonios, para las personas consagradas, para los jóvenes, pero también para los enfermos, los ancianos y para todos aquellos que buscan sinceramente el sentido de su existencia o la leen a la luz del amor de Dios<sup>34</sup>.

La Virgen María es para todos una verdadera madre que enseña, guía, consuela, protege, ilumina, conforta e intercede ante Dios. Por eso es el icono más bello de la Iglesia que cumple su tarea de acompañar, discernir e integrar para formar al pueblo de Dios en la tierra y en el cielo.

Benedicto XVI, en su encíclica *Deus caritas est* afirma que María, por estas razones, nos enseña el verdadero amor:

Entre los Santos, sobresale María, Madre del Señor y espejo de toda santidad. El *Evangelio de Lucas* la muestra atareada en un servicio de caridad a su prima Isabel, con la cual permaneció «unos tres meses» (1,56) para atenderla durante el embarazo. «*Magnificat anima mea Dominum*», dice con ocasión de esta visita «proclama mi alma la grandeza del Señor»- (*Lc* 1,46), y con ello expresa todo el programa de su vida: no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; solo entonces el mundo se hace bueno. María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios en lugar de a sí misma. Ella es humilde: no quiere ser sino la sierva del Señor (cf. *Lc* 1,38.48). Sabe que contribuye a la salvación del mundo, no con una obra suya, sino solo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios. Es una mujer de esperanza: solo porque cree en las promesas de Dios y espera la salvación de Israel, el ángel puede presentarse a ella y llamarla al servicio total de estas promesas. Es una mujer de fe: «¡Dichosa tú, que has creído!», le dice Isabel (*Lc* 1,45). El *Magnificat* —un retrato de su alma, por decirlo así— está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada. María es, en fin, una mujer que ama. ¿Cómo podría ser de otro modo? Como creyente, que en la fe piensa con el pensamiento de Dios y quiere con la voluntad de Dios, no puede ser más que una mujer que ama. Lo intuimos en sus gestos silenciosos que nos narran los relatos evangélicos

<sup>34</sup> Cf. P. CODA, «Teologia e antropologia nella “*Mulieris Dignitatem*”» *Nuova umanità* 11 (1989), 23.

de la infancia. Lo vemos en la delicadeza con la que en Caná se percata de la necesidad en la que se encuentran los esposos, y lo hace presente a Jesús. Lo vemos en la humildad con que acepta ser como olvidada en el período de la vida pública de Jesús, sabiendo que el Hijo tiene que fundar ahora una nueva familia y que la hora de la Madre llegará solamente en el momento de la cruz, que será la verdadera hora de Jesús (cf. *Jn* 2,4; 13,1). Entonces, cuando los discípulos hayan huido, ella permanecerá al pie de la cruz (cf. *Jn* 19,25-27); más tarde, en el momento de Pentecostés, serán ellos los que se agrupen en torno a ella en espera del Espíritu Santo (cf. *Hcb* 1,14).

La vida de los Santos no comprende solo su biografía terrena, sino también su vida y actuación en Dios después de la muerte. En los Santos es evidente que, quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos. En nadie lo vemos mejor que en María. La palabra del Crucificado al discípulo —a Juan y, por medio de él, a todos los discípulos de Jesús: «Ahí tienes a tu madre» (*Jn* 19,27)— se hace de nuevo verdadera en cada generación. María se ha convertido efectivamente en Madre de todos los creyentes. A su bondad materna, así como a su pureza y belleza virginal, se dirigen los hombres de todos los tiempos y de todas las partes del mundo en sus necesidades y esperanzas, en sus alegrías y contratiempos, en su soledad y en su convivencia. Y siempre experimentan el don de su bondad; experimentan el amor inagotable que derrama desde lo más profundo de su corazón. Los testimonios de gratitud, que le manifiestan en todos los continentes y en todas las culturas, son el reconocimiento de aquel amor puro que no se busca a sí mismo, sino que sencillamente quiere el bien. La devoción de los fieles muestra al mismo tiempo la intuición infalible de cómo es posible este amor: se alcanza merced a la unión más íntima con Dios, en virtud de la cual se está embargado totalmente de Él, una condición que permite a quien ha bebido en el manantial del amor de Dios convertirse a sí mismo en un manantial «del que manarán torrentes de agua viva» (*Jn* 7,38). María, la Virgen, la Madre, nos enseña qué es el amor y dónde tiene su origen, su fuerza siempre nueva<sup>35</sup>.

Hay otro pasaje en el Evangelio de Mateo que destaca la maternidad de María en la perspectiva de la apertura a todos los pueblos. Es el pasaje de la Epifanía, que habla de los Magos que van a Belén en busca del Mesías. Los Magos representan a toda la humanidad, por eso se les representa de varias etnias, porque vienen de todo el mundo. Muestran que la venida de Cristo es para todos, no solo para los judíos, y su evangelio es capaz de encarnarse en todas las culturas, es más, está deliberadamente abierto a todos los pueblos. Pero hay un detalle importante en el evento de la Epifanía. Es María quien lleva al Niño a los Magos. Su búsqueda, guiada por una estrella, termina en

<sup>35</sup> BENEDICTO XVI, carta encíclica *Deus caritas est*, 25 de diciembre de 2005, nn. 41-42: AAS 98 (2006) 251.

la gruta santa donde encuentran al Niño y a su Madre: «Cuando entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrándose lo adoraron» (Mt 2,11).

Atraídos por la estrella, cuando se encuentran con el Mesías lo reconocen como Señor y lo adoran, postrándose, como se hacía ante los emperadores y los reyes. Pero es María quien les ofrece al Señor. Es Ella la intermediaria entre ellos y Dios. María encarna, pues, la capacidad de mediación para llevar a los hombres a Dios. Su función mediadora es reconocida en la Iglesia como ejercicio de su maternidad universal, como se afirma en *Lumen Gentium*:

Esta maternidad de María en la economía de gracia perdura sin cesar desde el momento del asentimiento que prestó fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz hasta la consumación perpetua de todos los elegidos. Pues, asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por este motivo, la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora. Lo cual, embargo, ha de entenderse de tal manera que no reste ni añada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador<sup>36</sup>.

Desde la perspectiva de *Fratelli tutti*, esta maternidad indica también la capacidad de la Iglesia de estar abierta a todos los pueblos. Ella continúa la misión de Cristo, que vino al mundo para llamar a todos los pueblos y a todo ser humano a convertirse en hijo de Dios. Esto constituye la naturaleza misionera de la Iglesia que, como María, está llamada a llevar a Cristo a todos.

Por estas razones, si bien la Iglesia respeta la autonomía de la política, no relega su propia misión al ámbito de lo privado. Al contrario, no «puede ni debe quedarse al margen» en la construcción de un mundo mejor ni dejar de «despertar las fuerzas espirituales» que fecunden toda la vida en sociedad. Es verdad que los ministros religiosos no deben hacer política partidaria, propia de los laicos, pero ni siquiera ellos pueden renunciar a la dimensión política de la existencia que implica una constante atención al bien común y la preocupación por el desarrollo humano integral. La Iglesia «tiene un papel público que no se agota en sus actividades de asistencia y educación» sino que procura «la promoción del hombre y la fraternidad universal». No pretende disputar poderes terrenos, sino ofrecerse como «un hogar entre los hogares —esto es la Iglesia—, abierto [...] para testimoniar al mundo actual la fe, la esperanza y el amor al Señor y a aquellos que Él ama con predilección. Una casa de puertas abiertas. La Iglesia es una casa

<sup>36</sup> LG, n. 62.

con las puertas abiertas, porque es madre». Y como María, la Madre de Jesús, «queremos ser una Iglesia que sirve, que sale de casa, que sale de sus templos, que sale de sus sacristías, para acompañar la vida, sostener la esperanza, ser signo de unidad [...] para tender puentes, romper muros, sembrar reconciliación»<sup>37</sup>.

La misión de la Iglesia se entrelaza con la de María, madre que engendra amor evangélico, la hermana que acompaña a la humanidad en camino por la historia, con su fe activa, su esperanza ardiente y su caridad fecunda. Como María, la Iglesia se descubre servidora de todos, dispuesta a escuchar y a acoger a quien se lo pida, eligiendo sostener la esperanza de los pueblos con su doctrina y el servicio de la caridad, con su testimonio humilde y silencioso, que se hace compañera de camino, en la oración y en el compartir, para ser signo de unidad, para construir puentes que acerquen, reúnan y formen comunión. El modelo mariano es conformador, como afirma J. Castellano Cervera, y estimula a la Iglesia y a todo cristiano a imitarlo:

María traza el camino; sigue cada paso; la imitación de sus virtudes, cuando es auténtica y sincera, cuando se está en comunión de vida y de sentimientos con Ella, es interiormente conformadora; se está sellado por un espíritu auténticamente mariano, incluso con las caídas y las miserias propias de todo hombre y mujer en el camino; pero la Iglesia, como María, tiene también medicina para las heridas, cura para las enfermedades, levanta de las caídas; como afirma santa Teresa, incluso de las caídas Dios es capaz de sacar bienes mayores. Cada paso, cada etapa del camino, cada gracia de crecimiento en la Iglesia, es una gracia mariana, seamos o no conscientes de ello. Aunque se necesiten años de lucha y perseverancia para que la nueva vida florezca en nosotros, debemos empezar a crearlo, si queremos ver algo: «Nada es imposible para Dios». Quizás deberíamos pensar con María que esta nueva creatura que debe nacer en nosotros no es tanto fruto de un capricho, sino de un poderoso deseo de Dios que quiere hacernos semejantes a su Hijo. Y en esta poderosa voluntad de Dios se inserta la voluntad de María. Mujer libre para hacernos hombres libres, no esclavos. Nueva Jerusalén para hacernos hombres nuevos. Madre de Cristo, el primogénito de una hueste de hijos en la novedad del Espíritu<sup>38</sup>.

La Virgen María es, pues, una madre y hermana que precede y señala a la Iglesia su verdadera identidad, es decir, su vocación de llamar a todos los pueblos a la salvación y, por tanto, a la comunión y reconciliación con Dios en Cristo. Su total apertura a Dios y a sus hermanos, que la convirtió en mu-

<sup>37</sup> FT, n. 276.

<sup>38</sup> J. CASTELLANO CERVERA, «Maria donna libera: la risposta dell'uomo alla grazia», in E.M. TONIOLO (ED.), *Come vivere l'impegno...*, 102.

jer de la nueva alianza, una alianza diferente a las del Antiguo Testamento, todas con hombres, la hace actual y viva en el camino eclesial. En el signo de la mujer tenemos el modelo de la nueva alianza en el don de la maternidad, inclusiva para todos, como respuesta libre y consciente que inaugura los tiempos mesiánicos. En la alianza estipulada con Dios, María muestra un nuevo ministerio de la mujer en la historia de la salvación y se convierte en un icono de la Iglesia que hace nacer vida nueva en la acogida universal de los redimidos. Su fe fecunda y acogedora es un signo de la nueva humanidad que renace del agua y del Espíritu y que lleva impresos, en su interioridad, los lazos de la fraternidad universal que Cristo Jesús trajo a la tierra.

### Conclusión

Como hemos visto, siguiendo el dictado de *Fratelli tutti*, podemos profundizar en los rasgos de la personalidad de María que, como Madre de Dios y Madre de la Iglesia, muestra el valor supremo del cristianismo, que es amor que se da, cuida, se inclina sobre las heridas de la humanidad y ofrece su apoyo, su compasión, su guía.

El ejemplo de la Virgen María, mujer libre y alegre en el servicio, enseña a todos los cristianos, y sobre todo a las personas consagradas, a hacer de su vida un don para Dios y para los hermanos, en la gratuidad del amor, con la conciencia de que hemos sido amados primero por Dios Padre, elegidos y santificados en Cristo por el Espíritu, como hijos y hermanos en la fe.

La Virgen María es la Madre de la comunidad de los redimidos, un punto de referencia para la Iglesia en camino a través de la historia, para una renovada espiritualidad de la acogida y de la escucha, que abre puentes, construyendo fraternidad, a la luz del Evangelio.

La Virgen Madre de Dios es, en fin, modelo performativo de una Iglesia abierta, que se atreve a salir al campo, para la salvación de todos, anunciando confiadamente la fuerza salvadora de Cristo, ya que, no solo con su iconicidad, sino sobre todo con su mediación maternal de la gracia, enseña la vida para generar en la fe hombres y mujeres abiertos al amor cristiano, dispuestos a servir, sembradores de esperanza y de paz, con la conciencia de ser todos hermanos por ser hijos del único Dios y hermanos en Cristo Jesús.